

DGCL  
A

CARLOS DE LECEA Y GARCIA

# Tràgica aventura de un segoviano

---

APUNTE HISTORICO

---

FOLLETÍN

de la

«Tierra de Segovia»

—  
1930

C 115867  
t. 87096

CARLOS DE LECHE Y GARCIA

---

Tragedia de los  
de la segundia

---

REVISTA HISTORICA

---

BOLETIN

Revista de Historia

1991

# Trágica aventura de un segoviano

*Al ilustre doctor y gran segoviano don Segundo Oña.*

## I

No registra la historia local el nombre ni la aventura de este segoviano, a pesar de que presentó y autorizó con fé pública el testimonio del suceso de mas trascendencia ocurrido en el mundo, después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. El suceso fué el descubrimiento de América por Cristóbal Colón. El nombre del segoviano, Rodrigo de Escobedo; su trágico fin, el haber sido uno de los doce primeros españoles que sellaron con su sangre valerosa la conquista de la tierra americana.

Con escéptico desdén acogieron los sabios, en el último tercio del siglo XV, la maravillosa intuición del atrevido navegante genovés acerca de la existencia de ignorados continentes allende la lejana inmensidad de los mares. Lo mismo su patria que Venecia y Portugal, no obstante ser en aquellos tiempos potencias de grandes arresos marítimos, despreciaron los ofrecimientos de Colón, por considerarlos delirios ilusorios del ensueño de un visionario.



Aquí mismo, en nuestra patria, hubo de sufrir durante siete años de mortal angustia, duro calvario de burlas, desprecios y contrariedades, sin otro amparo que el providencial de dos humildes religiosos, franciscano el uno y dominico el otro, hasta el momento dichoso en que, persuadida la gran Reina Católica por los ruegos de aquellos religiosos a quienes veneraba como sabios y prudentes confesores, se decidió a acoger la empresa por cuenta de la Corona de Castilla, con el rasgo sublime de hallarse dispuesta a empeñar para ello sus propias joyas, si lo exhausto del Tesoro, por los grandes dispendios de la conquista de Granada, no permitía sufragar los del colosal proyecto.

Fué aquel arranque de soberana grandeza signo precursor del triunfo que la gracia divina reservaba a España, como premio de los siete siglos de titánica lucha que, en defensa de la fé de Cristo y del suelo sagrado de la patria, había sostenido contra las huestes fanáticas del Corán.

No desaparecieron, sin embargo, los obstáculos y las dificultades suscitadas por la pública incredulidad. Ni los armadores se prestaban a facilitar sus navés, ni los hombres de mar se mostraban propicios a formar parte de la expedición, por juzgarla doctrina extravagante de un cerero perturbado.

La resuelta intervención de uno de aquellos religiosos, el Guardián del Monasterio de la Rabida, aquel Fr. Juan Pérez de Marchena, angel protector de Colón desde su llegada a España (1), favoreció

(1) Tan notoria es la protección dispensada por el Prior de la Rabida a Cristóbal Colón, que no hay para que insistir en este punto. El dominico Fr. Diego Deza fué entre los sabios de la

extraordinariamente la organización de la pequeña flota exploradora. Su amistad íntima y la influencia que ejercía sobre los hermanos Martín y Vicente Alonso Pinzón, famosos navieros del inmediato puerto de Palos, así bien que los elocuentísimos razonamientos que hubo de emplear para asociarlos al magno proyecto hasta ponerlos a las órdenes del ya Almirante y decidirlos a seguirle en su primer viaje con las carabelas *Pinta* y *Niña*, fueron el impulso decisivo del magnífico pensamiento. El favor de la Reina y la férrea voluntad de Colón agregaron a las dos naves referidas la *Santa María*, que había de ser la capitana al mando del propio Almirante. El gobierno de las otras dos carabelas quedaba a cargo de los hermanos Pinzón. Ciento veinte fueron los tripulantes, a duras penas reunidos, la mayor parte gente indócil y maleante; solo noventa, de entre ellos, eran marineros. Los demás iban como artesanos de diferentes oficios, y llevaban en su compañía un Médico, un Cirujano y un Alguacil. Por encargo expreso de los Reyes formaban parte de la expedición RODRIGO SÁNCHEZ DE SEGOVIA, como Veedor o Intendente. Pedro Gutiérrez, Repostero de estrados del Rey, en concepto de encargado de los víveres, y con el cargo público de *Escribano de*

*Junta de Salamanca*, el único que se mostró adicto al proyecto del marino genovés. Siendo más tarde maestro del infante don Juan influyó cuando le fué posible en el ánimo de la Reina para que aceptase la empresa. Así lo refiere el mismo Colón al proponer al Rey, como árbitro para dirimir sus quejas, porque no se le cumplía lo pactado, a Fr. Diego Deza, Arzobispo de Sevilla por entonces, dando por razón que *había sido causa (con Juan Camurero, privado del Rey) de que Su Alteza hobiese las Indias*.

toda la armada RODRIGO DE ESCOBEDO, natural de Segovia, según lo afirma Cristóbal Colón en su *Relación del primer viaje para el descubrimiento de las Indias, dirigida a los católicos reyes don Fernando y doña Isabel. (1)*

Con tan fragiles naves y con elementos tan escasos quedó constituida definitivamente la débil escuadra que había de descubrir un nuevo mundo.

## II

El 8 de Agosto de 1492, es decir, siete meses despues de la rendición de Granada, se daba a la vela la pequeña armada, en el puerto de Palos, con satisfacción inmensa del intrépido navegante por llevar a la práctica sus ensueños de veintitres años, al par que con la zozobra y el temor de sus acompañantes sobrecitados por la incredulidad general que los hizo vacilar repetidas veces.

Pasemos por alto los detalles de aquella navegación asombrosa, referida con el maz vivo colorido por los historiadores de Indias, al tenor de la *Relación* antedicha, para llegar al suceso de la noche del 11 al 12 de Octubre del mismo año, en la cual la luz divisada entre densa oscuridad por el ojo vigi-

(1) No se sabe si Rodrigo Sánchez de Segovia había nacido en esta ciudad; pero su apellido denota, por lo menos, que era oriundo de ella o sea del linage de los Sánchez de Segovia.

De RODRIGO DE ESCOBEDO no se puede negar que era segoviano, por afirmarlo así el mismo Cristóbal Colón.

lante del gran marino, le anunció la próxima realización del descubrimiento adivinado por su genio prodigioso.

El grito de ¡tierra! ¡tierra! lanzado a las dos de la madrugada de aquel día feliz, y el estruendo formidable del cañón disparado a seguida, que debió resonar en la dilatada superficie del ignoto hemisferio como eco tremebundo del más descomunal suceso, fueron estímulo y aliento vivificador de los desesperados tripulantes de los barcos, en los instantes mismos en que se creían perdidos para siempre en la inmensidad del mar, víctimas de la obcecada obsesión del hombre a quien se entregaron ciegamente.

Excusado es decir el cambio ocurrido en el ánimo de la desalentada gente al vislumbrar, con las suaves y perfumadas auras de la mañana, la hermosa vegetación y los encantos indefinibles de las playas, las riberas y las montañas que ante su vista atónita iban apareciendo.

A la pavorosa excitación de los días anteriores por haber perdido la esperanza de hallar el mundo prometido, sucedió el júbilo inmenso del triunfo, con el arrepentimiento instantáneo de sus quejas y sus malignos propósitos contra el Almirante, las súplicas de perdón, sin vacilar concedido, y la portentosa admiración, al propio tiempo, de las maravillas que en todas direcciones se descubrían.

Cánticos sublimes de lírico entusiasmo inspiró a la poesía el acontecimiento glorioso de aquella jornada memorable. No los comentaremos, por ser nuestro único propósito dar a conocer la intervención que tuviera el segoviano ESCOBEDO al ocurrir el

desembarco primero, según la refiere el célebre Fr. Bartolomé de las Casas, con vista del libro del viaje, redactado día tras día por el mismo Cristóbal Colón. Dice así: «Llegaron a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua india *Guanohani*. Luego vieron gente desnuda y el Almirante saltó a tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Anés su hermano, que era capitán de la *Niña*. Sacó el Almirante la bandera real y los capitanes con dos banderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F y una Y, encima de cada letra una corona, una de un cabo de la Cruz y otra del otro. Puestos en tierra vieron árboles y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a RODRIGO ESCOBEDO, ESCRIBANO DE TODA EL ARMADA, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen testimonio como él, por ante todos, tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha isla por el Rey é por la Reina sus señores, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escripto».

Es por tanto de evidencia notoria que el segoviano ESCOBEDO acompañó a Colón con el carácter de escribano de toda la armada; que fué uno de los primeros españoles que con él pisaron la tierra americana, así como también el primer funcionario en ella. Es de advertir además que al pedir Cristóbal Colón testimonio escrito de la posesión real que acababa de tomar sobre el territorio descubierto por su científica intuición, a nombre de los reyes de Castilla, solo ESCOBEDO pudo expedirle y autorizarle

allí con la fé pública inherente a su profesión, y como enviado al efecto por los mismos reyes (1).

De suponer es también, que el acta posesional levantada por ESCOBEDO fuese firmada por Colón, por los dos capitanes y por el Veedor Rodrigo Sánchez de Segovia, como testigos presenciales, y muy de sentir que haya desaparecido tan precioso documento por la acción del tiempo.

### III

Terminada la solemne ceremonia de la posesión, que los indígenas presenciaron desde lejos por haber huído al divisar las naves y sus tripulantes, a quienes creyeron monstruos bajados del cielo o salidos del fondo del mar, se fueron aproximando poco a poco hasta encontrarse con los españoles.

Desde un principio trataron a estos con la ingenua sencillez de los pueblos primitivos, ofreciendo con singular deleite cuanto poseían, a cambio de las mas insignificantes bagatelas.

Colón recorrió aquella primera isla descubierta y la dió el nombre de *San Salvador*. Una vez enterado de ella, se dedicó a explorar durante setenta dias gran parte de las que constituyen el archipiélago de

(1) El cargo único de Escribano, no habría autorizado a Escobedo para espedir testimonio alguno fuera del territorio de su Escribanía, y, menos aún, en aquellos países, lo cual indica que además era *Notario de Reinos*, con facultad propia para actuar en todos ellos.

las Lucayas, y después la más extensa de *Cuba*, siempre en busca afanosa del oro apetecido.

El 25 de Diciembre hizo escala en la isla que hoy se llama *Haití*, poniéndola el nombre de *La Española*, cuya espléndida riqueza describió en dos cartas conservadas por los historiadores. Tímidos, cual ningunos otros, los pobladores de aquella isla, huyeron despavoridos a los montes, al acercarse nuestros compatriotas. Eran, sin embargo, hombres bondadosos, y no tardaron en aproximarse. Acaudillaba aquella gente el cacique *Guanacahari*, de carácter afable, muy querido y respetado en la isla, generoso en extremo, y muy propicio a servir a los recién llegados navegantes. Por señas contestaba a Colón que los adornos de oro, que usaban algunos de sus súbditos, procedían del interior de la misma isla, en una zona de feroces caribes.

Dispuesto estaba Colón a internarse en la isla y explorar los criaderos del rico metal, sin preocuparse de los salvajes (1) cuando ocurrió un desgraciado accidente que destruyó todos sus planos, e hizo disminuir su potencia naval en aquellas regiones.

(1) Ufano Cristóbal Colón con su descubrimiento e impaciente, como es natural, por hacerle público, escribió durante el viaje de su primer regreso a España dos interesantísimas cartas, una a Luis de Santangel y otra a Rafael Sánchez, Contador y Tesorero respectivamente de los Reyes, en las cuales describe al pormenor las maravillas de las islas descubiertas. Dice en ambas cartas, a propósito de lo que se indica arriba, que los hombres y las mujeres pobladores de aquellas islas eran sencillos, bondadosos y humildes en extremo, *sin haber hallado hombres monstruos, ni llegó a su noticia que los hubiese*, exceptuando la isla llamada *Caris*, que es la segunda, según

Por descuido de un Grumete, a la media noche del 25 al 26 de diciembre, o sea, el mismo día de la llegada a dicha isla, encalló la carabela *Santa María* la capitana, la mayor de las tres y la mas provista de toda clase de recursos. Resueltamente auxiliado el Almirante por el cacique y los indígenas, y con el poderoso esfuerzo de los tripulantes, pudo salvarse cuanto contenía la nave, menos el casco, que quedó varado en la playa.

A todo esto Martín Alonso Pinzón se había separado de la escuadra por fútiles motivos, poniendo a Colón en el trance extremo de tener que disponer su precipitado regreso a España.

La dificultad mayor con que tropezaba era el no poder embarcar en *La Niña*, por su poco tonelaje, el personal y el material salvados del naufragio de la *Santa María*; y tanto por esta causa, como por no abandonar la posesión adquirida en el mundo que acababa de descubrir, resolvió desde luego, aprovechando la amistad y los buenos servicios de aquel cacique, la construcción de un sencillo fuerte, con tierra y el maderamen de la carabela perdida, cuyo fuerte habrían de ocupar, hasta su regreso, los treinta y nueve hombres que designó al efecto, con provisión de víveres, utensilios y armas para su defensa, incluso los cañones procedentes de la perdida nave.

He aquí lo que en palabras textuales refiere a este

se va a la India, y la que habitan personas que son consideradas por sus convecinas las mas feroces; estas se alimentan de carne humana.

Las fechas de estas cartas son el 14 de Febrero y 4 de Marzo de 1493.

propósito el *Diario* o *Relación* escrita por el Almirante, dejó en aquella isla que los indios diz que llaman *Bobio*, treinta y nueve hombres con la fortaleza, y diz que muchos amigos de aquel Rey Guanaharí, e sobre aquellos, por sus tenientes a Diego de Arana, natural de Córdoba, e a Pedro Gutiérrez, repostero del Rey, criado del despensero e a RODRIGO DE ESCOBEDO NATURAL DE SEGOVIA sobrino de Fr. Rodrigo Pérez (1), con todos los poderes que de los Reyes tenía. Dejeles todas las mercancías que los Reyes mandaron comprar para los rescates, que eran muchas, para que las trocasen por oro, contodo lo que traía la nave. Dejóles también pan bizcocho para un año, y vino y mucha artillería, y la barca de la nao para que ellos como marineros que eran los mas, fuesen cuando viesen que era conveniente a descubrir la mina del oro, porque era la vuelta que volviese el Almirante hallase mu-

(1) Afirma Cristóbal Colón, en su *Relación Diaria*, que RODRIGO DE ESCOBEDO era sobrino de Fr. Rodrigo Pérez, y natural de Segovia. Al asegurarlo así, da a entender conocimiento propio del Tío y del sobrino. Del Tío, ningún dato tenemos; pero de ESCOBEDO hay motivo para suponer que fuese pariente, primo o hermano del célebre Fr. Juan de Escobedo, de aquel humilde fraile del Parral, Arquitecto que restauró los 86 arcos del grandioso Acueducto destruidos por los moros, e hizo los puentes de Bernardos, el viejo de Los Lavaderos, el próximo a la Alameda que da subida al Parral, y otras notables obras en aquel Monasterio. Las circunstancias de ser segovianos el fraile y el Escribano, la de llevar el mismo apellido, poco común en esta ciudad, y la de haber vivido al propio tiempo en la misma ciudad, lo hacen presumible.

«cho oro, y lugar donde se asentara una villa, porque aquel no era a su voluntad.»

Cual si fuese de escaso mérito para ESCOBEDO el haber seguido a Colón en el aventurado viaje de su primer descubrimiento, y el de haber sido una de las contadísimas personas con quienes se comunicaba en medio de sus preocupaciones, el hecho elocuentísimo de elegirle como uno de sus tres Tenientes, en unión de Arana y Gutiérrez, delegando en los tres los amplísimos poderes que tenía de los Reyes, realza a nuestro segoviano y le da gran relieve y significación en los albores de la conquista. Razón sobrada hay, de consiguiente, para que salga su nombre de la densa obscuridad en que ha estado envuelto durante más de cuatro siglos, hasta el punto de ser casi desconocido en el pueblo mismo donde vió la luz primera.

#### IV

Luego que fueron ultimados todos los preparativos, inició el Almirante su regreso a la península el 4 de Enero de 1493. Pocos días después halló a Martín Alonso Pinzón, quien, según ya se dijo, se había separado de la expedición el 21 de Noviembre, con la *Pinta*, sin duda alguna en busca y con afán de su propio y esclusivo medro. Desde luego admitió Colón por buenas sus débiles excusas, ante el deseo del mútuo auxilio que pudieran prestarse las dos naves en su viaje a España. Mas de un mes

navegaron la una a la vista de la otra, hasta la noche del 14 de Febrero, en la cual las separó la tormenta mas horrorosa que pueda concebirse. Colón y sus gentes se creyeron perdidos y a punto de sepultarse para siempre en lo profundo del mar con la noticia del feliz descubrimiento del nuevo mundo, y con los indigenas y los raros ejemplares que traian de la espléndida producción de tan hermosos países.

Colón pudo arribar a Lisboa a principios de Marzo, y once días después entraba en el puerto de Palos: Pinzón llegó a Bayona de Galicia algo mas retrasado; pero lo mismo en el uno que en el otro puerto e igualmente en Lisboa y donde quiera que se supo la gratisima nueva del hallazgo de un mundo, hasta entonces ignorado, se desbordó el entusiasmo general de un modo extraordinario.

## V

La corte de los Reyes se hallaba entonces en Barcelona. Allá se encaminó el Almirante para dar menuda cuenta del triunfo alcanzado por la escuadra puesta a sus órdenes. Con los honores debidos al descubridor insigne de tantas y tan feraces regiones, fué recibido por los soberanos, quienes, despues de dar rendidas gracias a Dios, con toda la efusión del alma, por el don de incalculable grandeza con que premiaba a España, decidieron la formación de otra mayor escuadra que, al mando triunfador Almirante, llevase a las islas descubiertas

la luz de la civilización cristiana, y, con ella, cuantos elementos materiales fueran precisos para cultivar y asegurar la soberanía española.

Diecisiete navas, con mil quinientos hombres y considerable número de útiles y pertrechos se prepararon muy acertadamente en el puerto de Cádiz, de donde salió la brillante armada el 25 de Septiembre del mismo año de 1493.

Gran deseo llevaba Colón de llegar a las islas de sus amores, sobre todo a las Caribes, de cuyos fieros pobladores tan terribles referencias había oído a los humildes indios de *La Española*.

Cuarenta días después de su salida de la bahía gaditana, penetraba en el Archipiélago de las Antillas, de cuyas islas no hizo gran aprecio por sus malos fondeaderos. Siguió adelante hasta encontrar otro mayor, a la que puso el nombre de *Guadalupe*.

Era esta una de las *Caribes*: allí desembarcaron; mas su sorpresa fué enorme al observar que se hallaba desierta de hombres y mujeres, ausentes todos a la sazón en expediciones vandálicas a las islas inmediatas. Presentáronse, sin embargo, al Almirante algunas infelices, cautivas por aquellos salvajes en otras expediciones, con destino a ser sacrificadas en sus bárbaros festines. Compadecido de ellas el Buen Colón dispuso su embarque en las navas, al continuar su ruta por aquel archipiélago; mas cuando menos podía imaginarlo fué acometida la escuadra por una horda de caribes, hombres y mujeres de espantoso aspecto y de brutal fiera, disparando contra las embarcaciones las flechas de los rústicos arcos de que iban armados. Fácilmente vencidos, prisioneros y amarrados con toda

seguridad saltó a tierra la expedición dos días después en una estensa y frondosísima isla, con buen fondeadero, de la cual procedían las pobres cautivas. Era la de *Puerto Rico*: Colón la dió el nombre de *San Juan Bautista*.

VI  
 Impaciente el Almirante por llegar a *La Española*, o sea a la actual de *Haiti*, donde había dejado el año anterior los treinta y nueve hombres de su primer viaje, era su gran deseo apreciar los resultados obtenidos y los progresos realizados por aquellos pocos españoles. La noche del 27 de Noviembre se aproximó a cierta distancia de la fortaleza en que se quedaron. Su sorpresa fué grande al no divisar luz alguna, ni señales de vida humana en la costa. No quiso desembarcar, temeroso de que la obscuridad nocturna fuese causa de algún otro siniestro como el de la carabela *Santa María*; pero mandó disparar algunos cañonazos, cuyo estruendo resonó imponente en los montes y en las colinas más alejadas, sin que contestara ninguna de las piezas de artillería que dejó para defensa del fuerte. Alarmado ante el sepulcral silencio de aquella noche, que se le hizo un siglo de tormento, los tristes presentimientos que durante ella le asaltaron se vieron confirmados, cuando los marineros de la canoa exploradora que hizo salir al rayar el día, le manifestaron que sólo habían encontrado las ruinas del fuerte

con señales de incendio y restos diseminados de utensilios rotos, cajones deshechos y retazos de vestidos desgarrados. Al oír tan sospechosos relatos, descendió de la nave y recorrió los lugares próximos. Su desconsuelo fué enormísimo al hallar como una docena de cadáveres medio enterrados, con algunos trozos de ropas europeas, señales ciertas que le confirmaron con harto dolor el tremendo desastre en que habían perecido aquellos infelices compañeros suyos.

La mayor parte las viviendas de la isla estaban en ruinas y los indígenas habían huído, quedando sólo muy reducido número a largas distancias, cual si revelasen miedo evidente de acercarse a los mismos españoles, que unos meses antes eran sus amigos.

Colón fué a la habitación del cacique Guanahani, el cual se hallaba herido y recibió llorando al Almirante por la catástrofe ocurrida.

Con propósito de salvar a sus súbditos y salvarse a sí propio de toda responsabilidad, refirió a su manera el suceso, culpando a los desmanes de los españoles el origen de la desgracia, no sin atribuir a los caribes, sus irreconciliables enemigos, el incendio del fuerte y el horrible asesinato de los que le guardaban.

La versión improbable e improbadada de las tropelías y vandalismo de los españoles, se ha exagerado sobremanera, principalmente por escritores extranjeros, como tributo mísero a la envidia con que se recibió, en casi toda Europa, la noticia del afortunado descubrimiento y conquista por España de tan extensos y ricos países.

Posible es que algunos de los subordinados de

ESCOBEDO, Gutiérrez y Arana, tenientes delegados de Colón, cometieran alguna demasia por ser gente maleante en lo general, segun expusimos oportunamente; mas si se tiene en cuenta que desde su llegada a la isla, lo mismo el Cacique que todos los pobladores, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, les concedieron sin la menor dificultad cuanto querían, como si fueran sus legítimos dueños y señores, no es de creer que los que podían disponer de todo atropellaran a nadie, siendo así que su voluntad no tenía límite entre aquellas sencillas gentes.

Menos creíble es aun la versión de que los defensores del fuerte se dividieron en bandos o facciones rebeldes, toda vez que, si se internaron en la isla algunos de ellos, en nada contrariaron las órdenes del Almirante, quien les dejó muy encargado que cultivaran y extendiesen el trato con los naturales del país, buscaran las minas del oro, y cuanto pudieran de tan preciado metal, para cuando él regresase de España.

En cumplimiento de tales órdenes, y, sin que al cumplirlas despreciase ninguno de aquellos valientes la ocasión de adquirir para si lo que buenamente lograran, es el caso que, en fecha no averiguada, salieron del fuerte el segoviano RODRIGO DE ESCOBEDO y Pedro Gutiérrez, como tales tenientes de Colón, acompañados de diez hombres, bien armados todos, avanzando por el interior de la isla, sin miedo alguno a los feroces caribes que debían habitar en aquella región, según las referencias constantes de los bondadosos indigenas de la costa. Mas tarde salieron en distinta dirección otros catorce hombres, quedando Diego de Arana, con los restantes, al cuidado de la fortaleza.

RODRIGO DE ESCOBEDO y Pedro Gutiérrez llegaron, con no pocas fatigas, a la comarca que llamaban de *Cibao*, donde decían los de el país que era el criadero del oro. Moraba allí una tribu de caribes antropófagos regida por el cacique *Caonabo*. Tan ladino como fiero aquel salvaje, disimuló su fereza, no solo para inspirar confianza a los recién llegados españoles, sino por el asombro que le produjeron su presencia, su aspecto, su ropaje y sus armas desconocidas. Meditando después con fría calma el medio mejor de sacrificar a su cruel instinto aquellos seres estraños, armó secretamente a sus secuaces con los informes útiles que usaban para sus depredaciones; y cayendo de improviso sobre los confiados españoles, los degolló inhumano con destino tal vez a sus bárbaros festines.

No satisfecho de su azaña, se concertó mas tarde con el cacique de otra tribu no distante de la suya a fin de reunir, entre ambos, un crecido contingente de salvajes. Una vez reunidos y preparados, atravesaron valles y montañas con la mayor cautela para sorprender, cual sorprendieron a Diego de Arana y a los pocos hombres que quedaron a sus órdenes, a todos los que asesinaron sin piedad, lo mismo que habían asesinado a ESCOBEDO y los suyos.

Nada se pudo averiguar de los otros trece o catorce que con idéntico propósito explorador salieron de la fortaleza, después de la expedición de ESCOBEDO y Gutiérrez. Lo probable, mejor dicho, lo seguro es que perecieron tan cruelmente como sus compañeros.

## VII

Trágicamente vino a concluir la primera colonia española en América, siendo víctima en aquella tragedia, cual queda referido, un compatriota nuestro, el segoviano RODRIGO DE ESCOBEDO, cuyo nombre y cuya intervención en el acto del descubrimiento del nuevo mundo, sino desconocidos por completo entre nosotros, son muy pocos los que aquí lo saben, por el olvido que para todo trae la lejanía de los tiempos. (1)

Aun a riesgo de difusas digresiones nos ha parecido conveniente refrescar su memoria, aunque solo sea por medio de los incorrectos párrafos precedentes. Abierto queda el camino a la ilustración de mas doctos escritores que completen la obra.

En nuestro humilde sentir, quien sacrifica su vida en servicio de la patria, debe ser celebrado siempre con gran aplauso. La intervención de ESCOBEDO en el glorioso acontecimiento que es honor inmarce-

(1) Nuestro historiador don Diego de Colmenares, lo mismo que Mariana y Zurita, escriben muy poco acerca de la conquista y descubrimiento de América, aquel no menciona nada a ESCOBEDO. Don Gabriel María Vergara, infatigable investigador de datos, antecedentes y documentos relacionados con la historia de esta ciudad, escritor distinguido; además a quien Segovia debe inmensa gratitud por todos sus desvelos, es el único que menciona a nuestro segoviano en dos de sus eruditas obras, y le cita como uno de los treinta y nueve hombres que dejó Colón en su primer viaje a América, a fin de que fueran colonizando la isla, donde quedaron instalados.

sible de España, le hace digno de todo elogio y de fama perdurable.

Mas aún: un hombre de profesión civil, cual nuestro paisano, ageno totalmente a la vida del mar, que al saber que un extranjero afirma por su sola palabra que más allá de los mares existe un mundo que nadie conoce, ni en quien nadie cree, acoge desde luego la idea y se hace partidario de ella, mucho mas desde que sabe que la gran Reina Católica toma a su cargo la empresa, un hombre del temple gallardo del que nos ocupa, que seducido por el grandioso pensamiento se juega la vida en tal aventura, busca y acepta el cargo de Escribano de la armada descubridora, y logra embarcarse en la misma nave que dirige Cristóbal Colón, de quien llega a ser uno de sus pocos confidentes; un segoviano resuelto y decidido que tuvo el placer de presenciar el estupendo espectáculo del hallazgo portentoso de vástisimos continentes de insuperable riqueza, interviniendo además como funcionario público en el sublime suceso; un hijo de Segovia que, con otros dos compañeros, llega a ser Teniente del inclito Almirante y recibe con ellos sus regios poderes y su autoridad para el gobierno del territorio descubierto, hasta su regreso del viaje a España; un hombre, en fin, que en tales condiciones pierde la vida a manos de la barbarie mas feroz acreedor es y bien merece que la historia le conmemore y el pueblo segoviano le aclame, celebre su memoria, y le incluya en el largo catálogo de los hijos insignes que labraron, al través de los siglos,

de la hermosa corona que circuye el nombre de este  
antiquísimo y noble pueblo.

Segovia, 10 de Mayo de 1920.

FIN

El mundo que nadie conoce ni en quien nadie cree,  
acoge desde luego la idea y se hace partidario de  
ella, mucho más desde que sabe que la gran Reina  
Catalina toma a su cargo la empresa, un hombre  
del temple gallardo del que nos ocupa, que seducido  
por el grandioso pensamiento se juega la vida en  
tal aventura, pues y recibe el cargo de Escribano  
de la armada descubridora y logra embarcarse en  
la misma nave que dirige Cristóbal Colón, de quien  
llega a ser uno de sus pocos confidentes; un se-  
goviano resuelto y decidido que tuvo el placer  
de presenciar el asombroso espectáculo del hallazgo  
portentoso de vastísimos continentes de insuperable  
riqueza, interminable abarata como funcionario  
público en el espléndido suceso; un hijo de Segovia  
que, con otros dos compañeros, llega a ser Teniente  
del navío Almirante y reside con ellos sus regiones  
poderes y su autoridad para el gobierno del terri-  
torio descubierta, hasta su regreso del viaje a Es-  
paña; un hombre en fin, que en tales condiciones  
pierde la vida a manos de la barbarie mas feroz  
arredorosa y bien merecida que la historia la con-  
memora y el pueblo segoviano lo celebra, celebra su  
memoria y le incluye en el largo catálogo de los  
hijos insignes que labraron al través de los siglos.



11.000 (Pinañ)

RSRO

